

Trampa de cazadores

Pelayo Martín



AKAL
LITERARIA

Madrid, 18 de julio de 1936

—Demasiadas estrellas bajaron anoche.

La anciana hablaba sin mirar a su nieto; el niño, sin embargo, no despegaba los ojos de los de ella. Lo que había contemplado durante aquella mañana a la sombra del árbol más frondoso de toda la plaza de Oriente le llenaba de preguntas, tantas a la vez, que no conseguía atrapar las palabras con que hacerlas.

—Mira, Juan, no pierdas cuenta. Puede que un día les digas a tus hijos que sentado en este banco viste pasar la vida de un país entero, como un río en la crecida, sin que nada pueda pararlo... sin que nadie quiera remediarlo.

Juan tampoco comprendía aquello. La voz de su abuela le sonaba a pena, a resignación, a certeza. Y eso no podía ser, porque los rostros que pasaban eran de otra cosa. Los había estado mirando detenidamente, con la descarada curiosidad de un niño, como lo hacía al escupir sobre el hormiguero que había descubierto a la puerta de casa. Los trasladaba sin esfuerzo al bautizo de su primo Albertito, al baile de boda de su tía Alicia o a la verbena donde a veces le llevaba el abuelo. Sus diez años no le daban para mucho más, pero sí como para estar seguro de que toda aquella gente se dirigía a alguna fiesta.

—¡Vamos, señora! Agarre al crío y vaya al Cuartel de la Montaña. Se va a preparar una buena allí... de las que no hay que perderse. ¡Venga mujer! ¡Que cuantos más seamos, mejor!

Un hombre joven, bien parecido, con un largo flequillo que casi le tapaba los ojos, apoyó el pie sobre el banco de piedra. Se había detenido para atar los cordones de uno de sus zapatos, les hablaba como si les conociera de algo, sin importarle la frialdad de la mirada que mientras tanto le dirigía la anciana. Cuando terminó, se quitó la chaqueta de paño para echársela sobre los hombros.

—¿No se anima, señora? No me extraña... Con este calor, uno está tan a gusto sentado a la sombra.

El hombre pareció pensárselo, pero enseguida recobró el ánimo que le había llevado hasta allí.

—Mire que lo sé de buena tinta, que uno de esos generales se ha metido en el cuartel para sublevarse contra el gobierno. En fin, tendrá que conformarse con que se lo cuenten; yo desde luego no me lo pierdo. Esos de...

Dijo algo más que ni Juan ni su abuela comprendieron. Posiblemente porque ya no se dirigía a ellos, sino a los que ahora caminaban a su altura. El joven se alejó en dirección a la plaza de España, sumergiéndose en la corriente humana que llenaba la calle Bailén. Y desapareció para siempre entre la multitud.

—¿Quién era ése, abuela?

—No lo sé, Juan, tal vez nos confundió con alguien.

—Parecía muy simpático, ¿verdad, abuela? ¿Adónde va?

—No creo que lo sepa, pequeño, con tanta gente alrededor es difícil ver adónde te llevan los pies...

La mujer abrazó al niño, le besó en la frente y, sin soltarlo, murmuró mirando al cielo:

—Demasiadas estrellas bajaron anoche. Seguro que la manteca de la alacena se ha echado a perder, y no ha sido por el calor. Todavía no ha llegado... es ahora cuando empieza.